

habían equivocaciones de grafía en las fuentes y que éstas se referían a la misma persona. Ahora sabemos que son distintos seres. Fernando —el historiador— Pedro Luis —el poeta— y Diego. Pero las interrogantes a las cuales nos enfrentábamos eran mayores cuando se constataba que los tres Bastardo de Loayza eran sacerdotes. Y las dudas eran lógicas si se partía del hecho que nada sabíamos de Fernando anterior a 1771, que fue el año en que se encargó de la Iglesia de Barcelona. Ahora sabemos que Fernando y Diego Luis eran hermanos y ambos ejercieron parte de su ministerio en Barcelona. Así el único intelectual no era Fernando también lo fue Diego Luis, el autor del soneto —*Nueva Andalucía, Nueva Barcelona*— quien como su hermano también fue Capellán de Barcelona y nativo de la misma ciudad. Este poema también fue localizado por Falcón Briceño quien se lo entregó a Mauro Páez Pumar quien lo publicó en uno de sus libros (*Orígenes de la poesía colonial venezolana*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1979, p. 240). Falta ahora precisar los detalles de la vida del Padre Pedro Luis, sobre el cual su hermano Fernando incluyó algunas informaciones en sus *Noticias...*, para incorporarle al *corpus* de nuestra literatura en esa época.

V. - Diego

De Diego Bastardo y Loayza sabemos muy poco. No fue hermano de los anteriores. Es posible que fueran parientes como se colige de datos que proporciona Miguel José Romero (*La primera patria en Barcelona*. Caracas: Tip. Guttenberg, 1895) según cita que hace Maradei (p. 16). De este Diego conocemos sin embargo que contribuyó a una colecta organizada por el Obispo Francisco Ibarra entre el clero de la Diócesis de Guayana para ayudar a la Corona Española en la guerra contra Francia. Consta que Diego dio cinco pesos (ver Guillermo Figueroa: *Documentos para la historia de la Iglesia colonial en Venezuela*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1965, t. II, p. 306).

Tal son algunas de las preguntas que estas *Noticias...* contestan. Tal es la aventura a que nos llevan los papeles que hablan del pasado.

Caracas:

Abril 1, 1980 - Diciembre 4, 1985.

“LAS DIABLURAS DEL ARCEDIANO”

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

El Presbítero Antonio José de Sucre (1831-1895), un sobrino del Gran Mariscal, ha pasado a nuestra historia como un acabado ejemplar de aquellos seres impetuosos, a quienes mueven fuertes pasiones. Fue también buen ejemplo de personalidad conflictiva, ya que pese a su buena preparación intelectual y al hecho de haber sido un sacerdote recto cada vez que actuó todo lo enredó hasta el punto de crear graves conflictos. De allí que estudiar la personalidad de Sucre

nos sirve para comprender la influencia que caracteres como el suyo tienen en el desenvolvimiento de las sociedades.

La figura del Padre Sucre no es desconocida. No puede serlo para quien haya estudiado nuestra evolución durante el siglo pasado. De él poseemos el perfil que trazó Monseñor Nicolás E. Navarro quien afirma que Sucre se había hecho sacerdote “con la aludable intención de que la disciplina de tan sagrado instituto contribuyese a dominar las vehemencias de su tremendo natural” (*Anales eclesiásticos de Venezuela*. 2ª ed. Caracas: Tip. Americana, 1951, p. 365). Pese a esto aún nos faltaba un análisis de conjunto en torno a sus actividades, un libro que nos permitiera comprender íntegramente las actividades de un hombre cuya terrible manera de ser marcó con sus acciones graves momentos del pasado venezolano, instantes que él complicó más. De allí la luz que sobre él hace el prelado colombiano Monseñor Mario Germán Romero en *Las diabluras del Arcediano*. (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985. 401 p.), obra que también nos permite observar el lado luminoso de Sucre: sacerdote destacado por su piedad y formación, constante defensor de los derechos de la Iglesia, difusor de la obra de Bello y formador de juventudes en Bogotá, Santiago y Caracas.

Antonio José de Sucre hizo su aparición en la escena pública de nuestro país el día del “Asesinato al Congreso” (Enero 24, 1848). Tenía diecisiete años. Durante la tempestuosa sesión celebrada después de la una de la tarde de aquel día apareció el estudiante universitario Sucre en la sala en donde sesionaban los Representantes. A gritos ordenó al Presidente de la Cámara a que se quedara en su puesto. Quien presidía aquel día era Miguel Palacio, quien a su vez repuso al joven que él era llanero y no estaba acostumbrado a luchar “enchiquerado”. Luego Sucre quiso atravesar con una balloneta al Ministro Tomás J. Sanabria porque no quiso asomarse a la ventana para que el pueblo amotinado afuera se diera cuenta que nada había pasado adentro. Desde aquella hora se pudo conocer cómo en Sucre “se hizo naturaleza el imperio, el don de mando, la energía” (p. 22). El nunca logró un razonado equilibrio en su manera de ser.

La vida de Sucre siguió los avatares que le fueron imponiendo su indiscutible talento y las temeridades de su carácter. En 1851 fue expulsado de la Universidad Central por considerársele enemigo del gobierno de los Monagas. No fue ésta una decisión casual. Por iguales razones fueron también expulsados los profesores Juan Vicente González y Cecilio Acosta. Como consecuencia de ello Sucre tomó parte en una revolución contra José Gregorio Monagas. Al fracasar debió tomar el camino del exilio. Pasó entonces a la Nueva Granada en donde participó en otra contienda civil. Al llegar a Bogotá, tiempo después, fundó el “Liceo de Familia”. Allí, en 1855 enseñó nuestra lengua siguiendo la *Gramática* de Bello (p. 43). Allí tuvo destacados discípulos como fueron Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro, los dos grandes humanistas de Colombia quienes más tarde hicieron de su devoción a Bello todo un culto.

Fue en Bogotá en donde Sucre se ordenó sacerdote, seguramente el año de 1857 (p. 49) como puntualiza el autor de *Las diabluras*... Allí fue redactor de *El Catolicismo*, vocero de la Arquidiócesis de Bogotá a la cual pertenecía Sucre como clérigo. Siendo columnista de este periódico no resistió la oportunidad e

intervino en política —contraviniendo las decisiones de su prelado—. Tiempo más tarde el General Tomás Cipriano Mosquera —a quien adversó Sucre— tomó el poder. Sucre fue detenido y encarcelado. Escapó de la prisión y pasó a Venezuela en 1862.

En Caracas residió los siguientes nueve años. Aquí actuó como sacerdote. Se le nombró Arcediano del Cabildo Catedralicio. También fue aquí donde cometió la gran equivocación de su vida. Tal cosa sucedió durante el conflicto entre el Arzobispo Guevara y Lira y el Presidente Guzmán Blanco. La situación era tal que Guevara debió negociar con el Gobierno. Pero en aquella hora tuvieron más fuerza sobre el Arzobispo los consejos del Canónigo Sucre que el sentido de la realidad. Además Sucre contribuyó a agriar más la situación con tres misivas que envió a Guzmán Blanco las cuales, según Monseñor Navarro, “traspasaron todos los límites de la moderación y dieron escape a los más violentos arrebatos” (*Anales...*, p. 361). Violencias inusitadas que si bien eran propias del señor Sucre por ningún motivo eran las aconsejables en aquel álgido momento. Todo ello contribuyó al alargamiento de la controversia entre el poder civil y el religioso. Sucre debió dejar otra vez a Venezuela.

Pasó a Chile en 1873. Ingresó en una orden religiosa “deseoso de domar un poco su índole naturalmente inflamable e impetuosa” (p. 139). Una violenta pelea —en la cual agredió a un religioso— le obligó a dejar la congregación. En 1889 pasó otra vez a Colombia en donde cada vez que tuvo un cargo creó simultáneamente un conflicto, esto lo hizo convertirse en persona indeseable, como normalmente sucede con los conflictivos, ya que éstos todo lo perturban (p. 161). En 1891 volvió a Caracas. Más tarde retornó a Chile. Estando allí el Gobierno de Venezuela lo nombró Agente Confidencial ante aquella nación, pese al cargo Sucre consideró, así se lee en una carta, “el actual Gobierno de Venezuela, que parece de los menos peor...” (p. 201). De allí lo envió nuestra Cancillería al Ecuador, como enviado Extraordinario, con la misión de encontrar y trasladar a Caracas los restos de su tío el Mariscal Sucre. No pudo hallarlos. Allí rindió la vida.

Si bien en *Las diabluras...* su autor nos muestra el sendero vital de una personalidad conflictiva —desgraciadamente demasiado abundantes en la vida venezolana— también nos permite entender el carácter del Padre Sucre. Hace así luz en algunos episodios de su vida. Y, especialmente, esclarece todo lo relativo a la muerte del General José María Ovando, a quien siempre se atribuyó la preparación del Asesinato del Mariscal de Ayacucho. Cierta tradición oral divulgó que Ovando, en su hora postrera, al pedir los auxilios de un sacerdote sólo encontró al Padre Sucre, sobrino del Héroe cuya muerte planeó. En consecuencia había sido éste quien escuchó la confesión de Ovando. Tal conseja la refuta el autor de *Las diabluras...* explicando que aunque Sucre hubiera querido atender a Ovando no hubiera podido hacerlo pues su deceso, en pleno campo de batalla, fue instantáneo (p. 71-74).

Santa Mónica:

Noviembre, 27 - Diciembre 30, 1985.